

NECESIDAD DE INCOHERENCIA

Lo malo de creer en las palabras
que suponemos importantes
y fundan nuestros días
(hablo de sustantivos con prestigio:
amor,
 familia,
 patria,
 amistad...),
es ver cómo componen su cansancio de repente,
cómo suenan sus vértebras gastadas.
Sucede algunas noches
por las que moriría sin dudar,
cuando me pierdo en los espejos
y sonrío otra voz desconocida.
Yo abrazo siempre las raíces de esa llamada,
su extraña lucidez,
y busco la mirada que desprecia
cada hora de mi vida.

AUTOBIOGRAFÍA

No sé qué hice con el tiempo
que el tiempo deshizo entre mis dedos.

LO PEOR

Lo peor no es envejecer cada mañana,
vigilar la ceniza en los espejos,
el agravio del tiempo sobre la piel manchada
y olvidar, poco a poco, las palabras
que dieron un sentido a nuestros ojos;
ni siquiera esas noches de fingido amor
o cómo afilan su distancia algunos recuerdos.
No, lo peor es cuando el joven que fuimos nos escupe
 en la cara,
cuando llora en silencio y no sabemos qué hacer,
cuando su dedo acusador nos señala lúcido
y querríamos verlo muerto para siempre.

UN SUEÑO

La luna huía por las aceras, cerca de los frutos inquietos y la suave ojiva de tus manos. Pregunté: «¿Por qué me trajiste aquí, amiga, si ya no recuerdo nada y el mar busca en mis ojos, inútilmente, la ternura de los delfines?». Y callaste durante tanto tiempo que fui piedra, ortiga intacta, la dureza que los niños desprecian si nos miran. Pero tú eras así, mi amor del tiempo del muerto más viejo del mundo, cuando aquellas lágrimas turbias en los televisores de la mañana. Tú eras tú, y, sin embargo, abandonabas mi sueño por ciudades en las que el sapo escupe su ponzoña y el frío hurga en la lepra de las habitaciones abandonadas. Tú eras tú, mi Safo triste, antes de las horas de papel y los perros que orinan en las esquinas del borracho último. Tú amabas a las muchachas y yo escribía las palabras que el olvido borró con sus pezones sombríos.